

BÉTERA: UN PUEBLO APUNTES DE UN PINTOR

Discurso de ingreso en la Academia de Cultura Valenciana leído el día 26 de febrero de 1991

Excelentísimos e Ilustrísimos señores académicos. Señoras y señores:

Ante todo, gracias, por vuestra cordialidad. Con la expresión breve y sencilla de un pintor más dado a la esencia que a la retórica, quiero explicar la emoción que me embarga ahora ante el peso del compromiso adquirido, ante mí y ante los demás, al acceder a tan elevado honor.

En la fascinante personalidad del Excmo. Sr. D. Luis Guarnier he encontrado motivos más que suficientes para sentirme orgulloso y complacido de estar aquí, con vosotros, como él estuvo hasta no hace mucho.

Si mis méritos como pintor (que espero irán acrecentándose, tanto como Dios quiera seguir dándome vida e iluminación) bastan por hoy para poder estar aquí, prometo que en el futuro voy a tratar de alcanzar talla para semejante honor, porque la mejor muestra de talento que puede dar un hombre es la de no rendirse nunca, la de mantener hasta el último momento una actitud *alerta y sorprendida* ante la vida y agradecida ante Dios.

Ante la magna obra producida por el personaje singular que fue Luis Guarnier que padeció la época más difícil de nuestro siglo, creativamente hablando, no puedo dejar de imaginar cómo fue su vida y su entorno. Entorno de bellísimas imágenes de esta tierra potente, más africana que otra cosa, que le inspiraron poemas de amor ("Breviario sentimental", "Llama de amor viva"), de "Horas líricas" y de naturaleza estallante y florecida ("Floracions"), temas tan nuestros ante la hermosura de esta tierra.

Tan nuestros son, también, la investigación, el rigor y la erudición. En esta vertiente humana, nuestro llorado maestro Luis Guarnier nos ha dejado una extensa y admirable obra sobre Vicente Wenceslao Querol, Ausias March, Teodoro Llorente y la Renaixença valenciana, Jacinto Verdager, Juan Luis Vives, Guillem de Castro y podría seguir enumerando una extensa relación de nombres importantes y dispares como Verlaine, Lope de Vega, San Juan de la Cruz, Castelar y otros muchos, si no fuera porque eso iba a constituir una ardua tarea; tan grande es la relación, tan grande fue su sabiduría.

Me reservo todavía el poder hablar de su lucha y de sus logros. Su versátil y completa personalidad empieza a dar sus frutos cuando estudia Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia, donde a partir de 1926 imparte clases como profesor adjunto. Actividad que desempeñará como agregado por oposición desde 1933 entre los institutos de Badalona, Alcira, Valencia, Requena y Játiva; y como catedrático numerario desde 1944 (guerra por medio, con lo que eso supone) ejerciendo en Algeciras, Albacete, Reus, Tortosa, Castellón, Sagunto y Valencia.

Después, en 1950, y gracias a estar pensionado por el Ministerio de Educación y Ciencia, Roma y Nápoles representan ante sus ojos ávidos y su espíritu inquieto, el encuentro con la madurez intelectual que, años más tarde, cuando tras una excedencia voluntaria reside en Madrid, empieza a dar sus frutos en las colaboraciones de las publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Desde 1931 es correspondiente en Valencia de la Real Academia de Bones Lletres de Barcelona y en 1969 de la Real Academia Española.

Supongo que los Premios de 1922 con la Flor Natural en los primeros Juegos Florales de Gandía, 1924 en los de Valencia y 1956 en los de Sagunto, sirvieron de acicate y paliativo a este esforzado escritor que investigó cualidades poéticas y produjo una inspirada obra ensayística y algunas novelas.

¡Qué seguir enumerando entre todo lo que configura a un alto personaje como Luis Guarner! En la conmemoración del V Centenario de la Imprenta en España, es el delegado en Valencia de la Junta Central y del Comité Ejecutivo.

Otros premios más adelante, entre los que se encuentran el "Premio Valencia" de la Diputación Provincial en 1974; el Premio de la Crítica "Serra D'Or" en 1984; el Premio "Sanchis Guarner" de la Diputación de Valencia en 1985 y el "Premi d'Honor de les Lletres Valencianes" en 1985 dan, una vez más, pero ya al final de su vida, la gratificación y el reconocimiento a su valiosa labor, tan merecidos.

Como hombre de principios comunicadores, no podía quedarse todos sus conocimientos para sí; su labor social se fue ubicando entre sus obligaciones como vocal de la Comissió Tècnica de l'Ensenyament del Valencia de la Conselleria de Cultura, Educació i Ciència (Generalitat Valenciana) y desde 1985 como miembro del Consell Valencia de Cultura.

Hoy habéis querido mi presencia aquí, como antaño quisisteis la suya. Solemnemente os prometo que voy a ser digno de tan excepcional persona, de vosotros y de mi destino.

Permitidme ahora que os hable y, al mismo tiempo, que rinda homenaje a uno de los mundos que me han hecho pintor; este, quizás, más que ningún otro: Bétera, en mi recuerdo.

Azoriniana; con *cambres*, moradas de la paja seca, crujido de vigas calientes que soportan con madera y estoicismo el sol, que aplasta, de los mediodías de siesta y silencio...

Algunos datos históricos situarán los orígenes y la antigüedad de mi querida Bétera.

El pueblo está situado en la vertiente sur de la sierra Calderona lindando con la huerta de Valencia. Su clima, por hallarse cerca del mar, es mediterráneo, de suaves temperaturas. Además de estas características, ocupa una inmejorable situación geográfica que la convierte en una población de privilegio.

Según antiguas noticias, una espada de bronce, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, considerada protoetrusca seguramente del siglo VIII a. de C., procede de Bétera.

Si estos datos fueran ciertos, supondrían uno de los más antiguos testimonios sobre las relaciones entre Ibérica e Itálica. En las reuniones a las que periódicamente he de asistir como miembro de la *Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, de Madrid, procuraré que se comprueben estos datos de tanta importancia para la historia de Bétera.

Otros restos arqueológicos que conocemos en nuestro término, son las cerámicas romanas de "Les Coves de la Llovatera", algunas cerámicas árabes y las monedas del poblado que existía junto a la Torre de Bufilla.

En sus orígenes Bétera era una alquería árabe, protegida por el castillo. Desde 1348, que se tiene noticia histórica, fue ocupada por las fuerzas unionistas. Desde 1386, fue cedida a la familia Boil por un corto plazo de años. Esta familia llegó a un acuerdo con la Orden de Calatrava para convertirse en los únicos señores mediante el pago de una determinada cantidad. Más tarde, pasó a la familia Rocafull y posteriormente, al Marqués de

Dos Aguas.

Por los años 1649 a 1663 visita Bétera repetidas veces el Ilmo. y Rvdmo. D. Juan de Ribera, Patriarca de Antioquía y Arzobispo de Valencia; estas visitas se realizaron inmediatamente posterior a la expulsión de los moriscos no conversos.

Durante la Guerra de Sucesión –que tanto quebranto supuso para la Comunidad Valenciana, sobre todo con la pérdida de la Batalla de Almansa– fue atacada por el Conde de Torres. Y en 1811 el mariscal francés Suchet –que nos dejó como único buen recuerdo el diseño (de bellísimas proporciones, justo es reconocerlo) de nuestra famosa Alameda de Valencia– atacó a las tropas de O'Donnell, obligando a éste a pasar el Guadalaviar.

El 29 de octubre de 1889 fallece tras penosa enfermedad el poeta Vicente Wenceslao Querol, famoso autor de las *Rimas, en la Caseta Blanca* (el conocido Mas de Aguirre), lugar de reunión de Teodoro Llorente, Llombart, el citado Querol y años más tarde lugar frecuentado también por Blasco Ibáñez. Estos poetas representaron los fecundos años de la Renaixença valenciana.

El 13 de agosto de 1891 se inaugura el ferrocarril que une Bétera a Valencia, mejorando las comunicaciones de nuestro pueblo con la capital y con el resto de todos los demás pueblos entrañables de nuestra vega: Rocafort, Burjasot, Godella, Masías, etcétera...

En el año 1906 pasó por Bétera, para visitar la Cartuja de Portacoeli, el abuelo de nuestro Rey D. Juan Carlos, Don Alfonso XIII, a la sazón Rey de España.

Dentro del término y muy cerca de nuestro pueblo, estaba el poblado de Bufilla, cuya Torre es vigía de la parte baja de la huerta de Bétera y que, como tantas otras torres que van salpicando la llanura verde de nuestra vega (Espioca, Godelleta, Silla, Almusafes, etc...), formaba parte del cinturón de defensa de la ciudad de Valencia; fascinantes vestigios todos ellos de la Comunidad Valenciana.

Y no quiero finalizar estas notas históricas sin detenerme especialmente en su castillo: mansión espléndida y señorial que administra la Junta de Montes y Señorío Territorial de Bétera. Vestigio fundamental importantísimo y entrañable, de la historia de nuestro pueblo –tan vinculada a toda la gran historia de la Comunidad Valenciana–, se encrespa en esa alta cota que domina desde Portacoeli hasta los anchos de Torre en Conill. Como hemos mencionado antes, data de la época musulmana y estaba compuesto por cinco torres. Fue lamentable la reforma del patio de armas, mazmorras y demás singulares dependencias del monumento. Durante años cobijó la escuela primaria de las niñas de Bétera hasta que por su actual estado ruinoso, tuvo que ser desalojado y construido el actual colegio de Nuestra Señora del Carmen. Me consta que es preocupación del Ayuntamiento su restauración, consolidación y utilización como Casa Ayuntamiento de Bétera para que continúe existiendo, además de como vestigio histórico, en su primitiva función de utilidad al pueblo. No regatearemos esfuerzos para que ésta sea una de las más bellas realidades de nuestra querida Bétera.

Este pueblo de Bétera que "*s'alça a una altura de dos Micalets*" es el pórtico de la serranía de la Comunidad Valenciana en su parte norte. Barrancadas y torrenteras que cobijan el rumor de las adelfas y el fuerte y amargo sabor –como diría Castillo-Puche– de los algarrobos. No estoy de acuerdo, pues, con Gabriel Miró, cuando en frase líricamente poética dice que "todo algarrobo tiene un rosal en sus entrañas". El algarrobo tiene un sabor recio y amargo como todo árbol antiguo, como todo árbol de la Creación. Paisaje de tierras blancas, a veces calcinadas, cacheadas por perturbadores vientos oreados por las montañas florecidas que dibujan y trenzan todo el perímetro de esta geografía, toda esa cadena de hermosos pueblos de la Serranía que, bajando desde las crestas azules de la Sierra Calderona, van oreando como digo, ese inmenso pulmón de Portacoeli, con su

Cartuja de silencios y de historia, Olocau, Liria, Marines... hasta esos anchos que configuran Torre En Conill; partida Conarda; partida Belluga; partida de la Providencia dividida por el Camí Real hasta vislumbrar nuestra fascinante Torre Bufilla; el más inmenso regalo para los ojos de todo visitante de Bétera. Este es uno de los más bellos fragmentos de la Comunidad Valenciana.

Hay que reconocer y agradecer al Señorío de Dos Aguas, la cesión a nuestro pueblo de ese caudal de riqueza y generosidad que representa sus "pastos" y que tan admirablemente administra la Junta de Montes.

Nuestro pueblo, me permito denominarlo así por el enorme cariño y mis definitivos vínculos, es uno de los más singulares de la Comunidad Valenciana. Ha crecido pero no se ha sofisticado. Mantiene las esencias, perfumes y olores que caracterizaban la vida de todos nuestros pueblos. Yo he percibido en mis paseos por las calles pinas y estrechas de Bétera el penetrante perfume a algarrobas y a almendras. Sabores y olores que desde les *cambres* de nuestras casas inundan los entornos y silencios de nuestras callejas. Perfumes y aromas que poco a poco van desapareciendo de nuestros pueblos. ¡*Tots volen ser senyorets!* Los casinos con sus mesas de mármol, tan decimonónicas y tan entrañables, han desaparecido para transformarse en unos bares, a menudo desangelados y despersonalizados. Pero Bétera ha sabido crecer en su esencia y sus viejos casinos se han reformado, pero continúan siendo casinos. Todavía puedo ver a los viejos agricultores (algunos, hasta hace poco, aún con sus blusas negras —que tan artesanalmente trabajan el naranjo y la viña, por las tardes, en el antiguo Café Montes y en el ya desaparecido Café de Casañ.

Las calles, sosegadas por las altas sombras de sus tapiales, de los que emergen buganvillas o jazmineros, dan al pueblo, como tantas cosas singulares, la más bella realidad de un paisaje tan único, rural y antiguo.

¡Bétera otra vez! Pueblo sosegado de puertas entornadas, de siestas y de silencios, tiene para mí una actividad soñadora... Posee uno de los más viejos monumentos rurales de la Comunidad Valenciana: su Calvario. Afortunadamente restaurado de su ruina y abandono permanente. ¡Estas 36 hanegadas de casalicios y de pinos con la ermita al fondo, fueron, en tiempos, motivo pictórico para algunos maestros de la pintura valenciana como Benlliure, Tuset o Pinazo! Fascina la irregularidad de su trazado. Creo que afortunadamente el Calvario ha resurgido en su gracia rural y en la blancura de sus casalicios convertido todo él en el parque natural de Bétera. Diariamente puedo contemplar la entrañable ternura de las tertulias de los viejos beteranos, a la sombra de cualquiera de sus algarrobos o de sus pinos, pasando revista a su vida, a su juventud, a sus viejas peripecias, y a sus ilusiones nunca amortizadas... ¡Esto para mí es conmovedor! Es una estampa del más rico y singular perfil de nuestro pueblo y sería de desear que estos asuetos, que estas andaduras cansinas de nuestros viejos, pudieran gozar del entorno limpio y cómodo que merecen sus más exquisitas vivencias y sus más dramáticas andaduras.

El paisaje, la tierra, dominaban y dominan las características de nuestro pueblo. Como en los versos de Vicent Andrés Estellés:

*...Ets verds xiprers del calvari, unes pedres,
emblanquinats casalicis, i enllà
més horts, més pobles, un cel admirable...*

Esta geografía especialmente entrañable para mí por haber residido tantos años en ella, y a la que sin duda debo mi destino, es la que se levanta desde Bétera —en donde tengo mi casa-estudio— hasta las alturas del Rincón de Ademuz (Casinos, Liria, Villar del

Arzobispo...), paisaje específicamente mediterráneo por el notorio presentimiento del mar y por el seco alto y pedregoso de esta tierra tan bíblica, tan vieja y tan palestiniiana. Yo he recorrido despaciosamente todos estos hermosos y a veces patéticos paisajes que dibujan de manera ondulante las montañas y los llanos de Bétera. Sus crepúsculos son inigualables. Desde Godella y serpenteando una carretera bordeada de naranjos —hermosísimo paisaje vegetal— se asciende a esta primera franja del seco valenciano que es Bétera. Paisaje de grandes soledades, ritmos vegetales antiguos, llanuras, tierras y algarrobos buscando una luz que "no viene de lo alto", o como diría Miguel Hernández:

*Cielo tan hermoso que de terciopelo,
de cristales límpidos y turquí parece...*

Quisiera poder imaginarme lo que estas tierras representaron en el pasado cuando era un paisaje mediterráneo de olivos y de viñedos y, como digo, de la mejor vivencia palestiniiana. Entonces Bétera no era un paisaje de propietarios, ¿era un paisaje de la Creación! El agua y el naranjal —por otra parte tan ricos, tan importantes y tan artesanalmente cultivados— han añadido preocupación al viejo agricultor veterano.

Nuestra vida, viejos hombres de Bétera, no puede más que depositar toda su confianza en la nunca detenida renovación de nuestra sorpresa ante el trabajo de cada mañana. Y en esto, no tengo la menor duda, sois maestros ejemplares.

Tan singular es el pueblo de Bétera como singulares y penetrantes son sus fiestas. *La Mare de Deu d'Agost, la festa de les alfàbegues*. ¿Hay algo parecido en el mundo a la realidad plástica de esta fiesta? Yo creo que no, porque esta deliciosa carga anecdótica —luz, color, perfume— ha trascendido a una inmensa categoría.

El recorrido matinal tachonado de las más expresivas gracias valencianas. El colorido multicolor de las grandes cantidades de confeti que van alfombrando las calles del trayecto durante tres o cuatro horas, pues son muchas las paradas que se hacen para que la gente pueda contemplar este increíble espectáculo. Sabemos de la resonancia mundial de estas extraordinarias fiestas de les *alfàbegues* y de sus principales protagonistas: las obreras y los mayores. La ofrenda de las albahacas llega a los pies de la Virgen de Agosto al término de un ilusionado y fatigoso recorrido, al que asiste todo el pueblo, "*un cel admirable*". Multicolores banderolas matizan el azul cobalto de este cielo. El encanto mítico de las bellas obreras; el recorte galante y ancestral de los festeros añadiendo con su delicioso parasol (trenzado de los más exquisitos y dieciochescos encajes) una leve sombra protectora a las obreras para mitigar el implacable sol de agosto; la singularidad de su atuendo, con su faja y pantalón negros —color permanente y dramático de la Comunidad Valenciana, no sé si por la rigurosa y resignada actitud de una vida históricamente dura, o por la lealtad a unos lutos eternos. Y ellas, con la plasticidad de sus trajes de valencianas, dando la media vuelta con la gracia taurina de la media verónica, para complacer el guiño pícaro y la curiosidad celosamente guardada "*dels seus baixos*".

Las inmensas albahacas, tan cuidadosamente regadas durante todo el año, añaden a la gracia entrañable de ese día, el perfume más penetrante y perturbador. Sin ninguna duda, la *alfàbega* es la realidad vegetal y casi el escudo heráldico de Bétera. Después, durante ocho días, el misterio, celosamente guardado por cada obrera, de sus nuevos vestidos renovados diariamente.

Las noches de Bétera poseen un especial embrujo durante estas fiestas. "*Els coets corren dibuixant sobre fronteres i carrers Jormes laberíntiques. Un conciliabul singular, en les ombres de la nit, uns rellamps increïbles. Una nit, la mes especial, tots els fills de*

Bétera tenen bula per a ¿trallar? fronteres i carrers. És una vocació fascinant. La polvora enardix, com en els rituals primitins, la vibració d'este poble. I en eixa nit, en la comba misteriosa del dia que acaba i el dia que naix, queda un silenci magic solament alterat per la melodia d'unes albaades que venen de llunt, del pulmo, la gola i el cor increïbles del chiquet de Bétera."

Yo creo que después de estos apuntes en los que he ido evocando estas hermosas fiestas y, a la vez, el recuerdo de mi juventud tan preñado de ilusiones y de sorpresas, me suben desde el corazón a la garganta los mejores sentimientos de gratitud para nuestro pueblo. Durante tantos años he ido despaciosamente, como recordaba antes, recorriendo a diario vuestras veredas, vuestros campos, vuestras trochas y vuestros altozanos. La vida, sin duda, ha tenido para mí este hermoso premio; porque os puedo asegurar que nada ha sido más fecundo para mi vocación de pintor que respirar este paisaje.

Todos los viejos caminos que, serpenteando desde la llanura verde de la Vega, nos conducen a Bétera, nos van descubriendo un paisaje insólito, de barrancadas florecidas en su humedad y de altozanos quemados por la inmisericorde luz mediterránea.

Volver a estas andadas –queridos Académicos– será mucho más que una romería folklórica; deberá ser, queridos amigos, un riguroso e ilusionado peregrinar.

No quisiera entreteneros más; sólo un último recuerdo para la Alameda, en el antiguo Barranco de Guasch, que me despierta la ilusión que nace cada mañana y que va trenzando entre todos los quehaceres del pueblo el nuevo cuadro que estaba dormido.

Recuerdos todos ellos fundamentales de mi existencia en Bétera durante 40 años sincopados por la mayor ternura de mi mujer Antoñita, la más beteterana de las beteteranas, y de mis hijas, que han crecido en la realidad y el regusto de este paisaje y que cuidarán, cuando Dios lo permita, de la permanencia de mi casa-estudio en el pueblo de Bétera. Este será para mis queridos beteteranos, el recuerdo y la memoria de su pintor.

Perdonad estas consideraciones, queridos Académicos, que pueden salir en este momento de una honda melancolía motivada por el recuerdo ilusionado de tantas entregas, de las impalpables vivencias que siento a toda hora cuando estoy en ese pueblo. Un soplo de viento que me llega desde los pinares de Portacoeli y desde mi juventud, me hacen otear el horizonte ligeramente cercano de nuestro mar, de su cultura y de los más increíbles azules de su repertorio. Que una dilatada y fecunda vida pueda ayudarme a cumplir mis exigencias para con Bétera, la pintura y para con esta Academia de Cultura Valenciana.